

EL ESCOLAR.

FACTURA de los útiles de enseñanza que se remiten para la escuela Normal de Quibdó, en el Estado Soberano del Cauca.

Bogotá, junio 14 de 1881.

- 100 ejemplares. Lecturas selectas.
 - 25 " Contabilidad mercantil.
 - 10 " Gramático por C. Guzman (libro del niño).
 - 10 " Gramática id. id. (id. del maestro).
 - 20 " Historia patria por Quijano O.
 - 25 " Extracto de Cartilla agraria.
 - 50 " Aritmética. Cuaderno 2.º
 - 10 " Atlas de Geografía por Triana.
 - 10 " Historia Universal.
 - 20 " Zoología 1.ª serie.
 - 51 " id. 2.ª id.
 - 100 " Primer libro de lectura.
 - 50 " Tercer id. id. id.
 - 144 cartones de muestras de dibujo por Coe.
 - 40 ejemplares ejercicios elementales de escritura.
 - 3 colecciones de mapas de los nueve Estados y de Colombia.
 - 273 pizarras con marco y reglas.
 - 144 portaplumas.
 - 144 portajises.
 - 100 paquetes tinta en polvo de á un litro.
 - 10 cajas plumas de acero.
 - 4 id. método típico.
 - 18 id. de tiza.
 - 100 tinteros de plomo.
 - 1.000 jises.
 - 75 cuadernos lecciones objetivas.
 - 10 colecciones Himnos y canciones.
 - 500 cartones de Zoología y Botánica.
 - 50 ejemplares de Historia general de América por C. Guzman.
 - 500 cuadernos en blanco para escritura.
 - 5 cuadernos del sistema métrico decimal de pesos y medidas.
- Han resultado dos cuadernos de Aritmética, de mas de los señala los en la factura, y han faltado 27 pizarras.
- El Director, *Emiliano Rey*.
Quibdó, noviembre 5 de 1881.

EL CARACTER.

POR SAMUEL SERRAS.

(Continuación).

El biógrafo del doctor Arnold, al hablar del dominio que éste ejercía en los jóvenes, dice: "No era sólo entusiasta admiración por su genio, su ciencia ó su elocuencia; lo que los animaba, era un estremecimiento simpático, causado por un espíritu cuya ardiente labor en este mundo era santa, sostenida y sin cesar animada del temor de Dios; labor basada en el sentimiento profundo del deber y de su propia valía."

Ejercido ese poder por hombres de genio, inspira valor, entusiasmo y abnegación. Y ha sido esa inmensa admiración hacia ciertas individualidades—admiración que no pudiera concebirse respecto de las masas—la que, en todo tiempo, ha producido los héroes y los mártires: así es como se hace sentir el imperio del carácter, que obra por inspiración, activando y vivificando las naturalezas á su influencia sometidas.

Los grandes corazones poseen un gran caudal de fuerza de irradiación: no tan sólo ejercen el poder, sino que les es dado comunicarlo y hacerlo nacer

Así, el Dante arrebató y arrastró en pos de él no corto número de grandes ingenios: Petrarca, Boccaccio, el Tasso, y otros muchos. Por él, Milton aprendió á sufrir los dardos de lenguas maldicientes y los ultrajes asperos del tiempo; y, largos años después, Byron, pensando en el Dante bajo los pináculos de Ravena, hizo brotar de su arpa algunas de sus más espléndidas armonías. El Dante inspiró á los más grandes pintores de Italia: Giotto, Orcagna, Miguel Angel y Rafael. Ariosto y el Ticiano se inspiraron mutuamente, y fueron fuente de su gloria recíproca.

Los hombres grandes y generosos arrastran á los demás excitando la admiración espontánea de la humanidad. Esa admiración de los caracteres nobles eleva el espíritu y tiende á redimirlo de su propia esclavitud, que es uno de los mayores tropiezos del progreso moral. El recuerdo de los que se han señalado por grandes pensamientos ó por grandes acciones parece crear en torno de nosotros una atmósfera más pura, y sentimos que nuestras inclinaciones y nuestras miras se elevan insensiblemente. "Decidme qué admiráis"—habla Sainte-Beuve—"y yo os diré qué sois, al menos en lo tocante á vuestros talentos, vuestros gustos y vuestro carácter." ¿Admiráis á los hombres de mérito mediano?—Mediana es vuestra propia naturaleza. Admiráis las riquezas?—Prueba es esa de que vuestro espíritu es mundanal. Admiráis los títulos?—Os mostrais adulador ó parásito. (1) ¿Admiráis los hombres honrados, buenos y enérgicos?—Es porque vos mismo sois de naturaleza hourada, buena y enérgica.

En la juventud, cuando se forma el carácter, es cuando la necesidad de admirar se hace mayor. Á medida que avanzamos en años, nos vamos aferrando más á nuestros hábitos, y el *nil admirari* acaba por ser nuestra divisa. Cúmplenos fomentar la admiración á los grandes caracteres, en tanto que la naturaleza está dócil y susceptible de recibir impresiones; porque, sino se admira lo que es bueno, como los héroes no se encuentran á cada paso, pudiera suceder que los jóvenes tomaran por modelo á los malos. Regocijábase siempre el doctor Arnold cuando oía á sus discípulos manifestar su admiración por las grandes acciones, y entusiasmarse con las personas, y hasta con la belleza de un paisaje. "Paréceme—decía—que el *nil admirari* es el texto favorito del demonio, que no puede escogerlo mejor para iniciar á sus adeptos en las partes más ocultas de su doctrina. Y ved ahí porqué he considerado siempre á un hombre atacado de ese mal antiromántico como si hubiese perdido la más bella porción de su naturaleza, y su mejor protección contra todo lo que es vil y absurdo."

La prontitud con que el príncipe Alberto expresaba su generosa admiración por las grandes acciones de los demás, era uno de los más bellos rasgos de su carácter. "Se complacia"—dice, acaso el mejor de sus biógrafos—"en todo lo bueno que se decía y hacia donde él estaba. Lo encarecía y lo repetía una y otra vez, y su satisfacción era siempre igual ante toda noble idea y ante toda bella acción, ora procediese de un niño ó de un viejo estadista. Encantá-

Felipe de Comines cita una prueba curiosa de la imitación servil y forzada que de Felipe, duque de Borgoña, hacían sus contemporáneos. Cuando este príncipe enfermó y se hizo rapar la cabeza, ordenó que todos sus nobles, que eran como quinientos, fueran rapados de la misma manera; y uno de ellos, Pedro de Agoubich, para probar su rendimiento, no bien alcanzaba á ver un gentil-hombre que no estuviese rapado, cuando le hacía prender y llevar á casa del barbero!

FRANZ DE COUNER, *ed de Bohm*, pag. 243.

talé hallar el bien en la humanidad, en toda ocasion y de todas maneras."

"Ninguna cualidad—dice el doctor Johnson—nos agradea más amigos, que la admiracion sincera de las cualidades ajenas; porque es indicio de un natural generoso, de franqueza, de sencillez y de cordial reconocimiento del mérito." A la sincera, casi pudiéramos decir, reverente admiracion de Boswel para con Johnson, debemos una de las mejores biografias que se han escrito. Tenemos que creer que en Boswel habia cualidades verdaderamente buenas, para que se sintiese de tal manera atraido hácia un hombre como Johnson, y para que habiese permanecido fiel á su culto, á despecho de tantos desprecios y de tanta aspereza. Macaulay habla de Boswel como de persona enteramente despreciable,—impertinente y fastidioso,—débil, vano, intrigante, curioso, hablador y sin asomos de ingenio, de gracia, ni elocuencia. Pedro Carlyle es, sin duda, más justo en la definicion de este biógrafo, á quien nos pinta, aunque vano y absurdo en muchos respectos, como hombre dotado del sentimiento de veneracion que los discípulos tenian en otro tiempo por sus maestros, y lleno de amor y respeto á la bondad y á la verdadera sabiduria. "Sin tales cualidades,—añade Carlyle,—jamás se hubiera escrito la vida de Johnson." "Boswel hizo un buen libro,—dice el mismo autor, por que tenia corazon y ojos para distinguir la sabiduria, y palabras para demostrarla; profundo conocimiento del género humano, talento festivo, y, más que todo, afecto y sencillez de niño."

La mayor parte de los jóvenes de generoso corazon tienen su heroe, sobre todo los que leen mucho. Por eso Allan Cunningham, cuando era aprendiz de albañil en Mithsdale, fué á pie hasta Edimburgo, únicamente por ver á sir Walter Scott pasar por la calle. Admiramos á pesar nuestro el entusiasmo del jóven, y respetamos el motivo que le impulsó á hacer el viaje... Cuentan que el célebre Reynolds, cuando apenas contaba diez años, estiró la mano por entre un gran gentío, para tocar á Pope, como si experimentase una especie de virtud al contacto de él. Largos años despues, el pintor Haydon se envaneció, á su vez, de ver y tocar á Reynolds, en una visita que hizo éste al lugar de su nacimiento. El poeta Rogers recordaba con placer el vivo empeño que tuvo cuando niño de ver al doctor Johnson; pero cuando hubo puesto la mano en la adaba de la puerta en *Bolt Court*, perdió el ánimo y se volvió atras. Isaac Disraeli, cuando jóven, fué tambien á *Bolt Court* con el mismo intento; pero cuando llamó á la puerta, supo, apesarado, que el célebre lexicógrafo habia exhalado el último suspiro pocas horas antes.

Los espíritus mezquinos y bajos á nada rinden el tributo de la admiracion. Para mengua suya, no saben reconocer, y mucho ménos venerar, la grandeza ni en los hombres ni en las cosas. Una naturaleza mediana admira la mediana. Para mí sápo no hay belleza superior á la del sápo. Para un menguado advenedizo, nada hay en la humanidad que aventaje un advenedizo con fortuna. El que trafica en esclavos juzga á un hombre según sus músculos. Habiendo un día sir Godfrey Kneller dicho, en presencia de Pope, á un mercader de Guinea, que en su presencia tenia los dos hombres más grandes que habia en el mundo, replicó el último: "No sé en qué sentido son más grandes, pero no me gusta vuestra catadura. Muchas veces he comprado hombres que valían tanto en huesos como en músculos, más que vosotros dos juntos, por diez guineas."

Aun cuando dico la Rochefoucauld en sus máximas que "en la adversidad de nuestros mejores amigos siempre encontramos algo que no nos desagrada," sólo las naturalezas limitadas y mezquinas pueden complacerse en los reveses del prójimo, ó contristarse con sus triunfos. Desgraciadamente hay personas de tal manera constituidas, que no tienen ni el valor de ser generosas. Las gentes más insuportables son las que viven de la maledicencia y de la difamacion; las que llegan á considerar la fortuna ajena, aun cuando se trate de una buena obra, como una especie de ofensa personal. Esas tales no pueden aguantar que en su presencia sean elogiados los demas, sobre todo si son de los que pertenecen á su arte, á su profesion ó á su esfera. Lo perdonarán á un hombre sus errores, pero no podrán jamás perdonarle que le vaya mejor á ellos. Y precisamente en lo que hayan encañado, será en lo que muestran más desapiada y malevolencia.

El acerbo crítico dice de su rival:

When Heaven with such parts has blest him,
Have I not reason to detest him?

Si el cielo lo colmó de beneficios,
No tengo yo razon de detestarlo?

Los espíritus medianos se ocupan en la burla, en la difamacion y en la maledicencia, y están siempre dispuestos á mofarse de todo, excepto de la desfachatez desvergonzada ó del vicio afortunado. El mayor consuelo de esa clase de individuos es hallar defectos en los hombres de gran carácter. "Si los sabios no errasen," decía Jorge Herbert, "perdida la llevaban los necios."

Sin embargo, aunque los sabios aprendan algunas veces de los necios á evitar sus faltas, es raro que los necios aprovechen el ejemplo que les dan los sabios. Un escritor alemán ha dicho que es de indolentes menguadas el sólo tratar de descubrir tachas en los caracteres de los grandes hombres ó de las grandes épocas. Juzguémoslos más bien con la caridad de Bolingbroke, quien, como le recordasen una vez las debilidades que se le achacaban á Marlborough, "Era un hombre tan grande," respondió, "que yo ya habia olvidado que tuviese ese defecto."

La admiracion que nos inspiran los grandes hombres, desarrolla naturalmente en nosotros, con mayor ó menor intensidad, el deseo de imitarlos. Muy jóven todavía, el espíritu de Timistocles se sintió inflamado por las grandes acciones de sus contemporáneos, y se impacientaba por poderse distinguir en servicio de su patria. Despues de la batalla de Maratón se apoderó de él la melancolia, y, cuando sus amigos le preguntaban la causa, respondió, "que los trofeos de Milcíades le quitaban el sueño." Algunos años despues, lo vemos ya á la cabeza del ejército ateniese, batiendo la escuadra de Jerjes en el combate de Salamina, y su patria agradecida declaró que habia sido salvada por su sabiduria y por su valor.

1341